

La verdad sobre Julia

Niebla al mediodía

TOMÁS GONZÁLEZ

Alfaguara, Bogotá, 2015, 148 págs.

Niebla al mediodía gira en torno a la figura de Julia, poeta desaparecida meses atrás en circunstancias inciertas. Tres personajes la evocan: Raúl, un prestigioso diseñador de casas y muebles que trabaja a partir del uso y aprovechamiento de materiales autóctonos, especialmente la guadua, una variante del bambú. Fue su pareja durante un tiempo que compartieron en la sabana de Bogotá, junto al río Lapas, en medio de una naturaleza húmeda y nebulosa, a la que se alude ya desde el título de la novela y cuya presencia es recurrente en el argumento; Raquel, hermana de Raúl y profesora de Literatura, residente en Nueva York; ella rememora la relación de Julia con su hermano y los efectos que provocó en él su ruptura y la posterior desaparición de ella; por último, Aleja, profesora de yoga y amiga de Julia, que mantiene el contacto con sus dos hijas tras su desaparición.

Con este esquema narrativo, la novela de González se acerca a uno de los modelos prototípicos del relato policial: aquel que se articula a partir de la reconstrucción que hacen diversos personajes de hechos pasados. Ellos van ofreciendo sus puntos de vista sobre un acontecimiento de perfiles inciertos. El enigma de la muerte de la protagonista se mantiene en *Niebla al mediodía* mediante fognazos, alusiones y pequeños apuntes que van tejiendo la última etapa de la vida de Julia y su trágico desenlace.

Junto a ello, el argumento se centra en la reconstrucción del carácter y la personalidad de la protagonista y en su vínculo con los tres personajes que la evocan. También permite ir conociendo detalles de la vida de Raúl, Raquel y Aleja después de la desaparición de la protagonista: la nueva relación del primero con una mujer más joven, la vida conyugal de su hermana con Julián en Nueva York y los planes de futuro de Aleja con respecto a multiplicar sus escuelas de yoga, para lo que se asocia con Humberto, la última pareja de la desaparecida, personaje siempre en la sombra, pero decisivo

en el desenlace de la trama.

En este punto, *Niebla al mediodía* vuelve a temas sustanciales de la novelística de Tomás González: las relaciones familiares y de pareja y la mirada escrutadora sobre los vínculos afectivos que en ellas se despliegan, a menudo inestables o amenazados por la dificultad de encontrar afinidades, complicidades y puntos de encuentro duraderos. El escritor los aborda una y otra vez, desde la ya lejana *Primero estaba el mar* (1983), hasta *Niebla al mediodía*, pasando por *La historia de Horacio* (2000), *La luz difícil* (2011) o *Temporal* (2012). En estas novelas (pienso ahora, por ejemplo, en *La luz difícil*), destaca una mirada narrativa que sabe indagar con lucidez en los complejos universos emocionales de seres enfrentados a una tragedia inesperada.

Por eso, a menudo, su literatura se sustenta antes en los personajes, que en las tramas; despliega una escritura más analítica —centrada en el estudio y descripción de los caracteres y actitudes—, que específicamente narrativa —al hacer que el desarrollo argumental y la acción se sometan a esa indagación psicológica recurrente—. *Niebla al mediodía* encaja del todo en esta caracterización y muestra a menudo la solvencia de su autor en el tratamiento de estos escenarios íntimos. Pero creo que el resultado final no alcanza el nivel logrado en otras de sus novelas.

A Raquel le cayó mal Julia desde el principio, Raúl la amó, pero su relación estuvo llena de desencuentros y dificultades; Aleja fue su amiga, pero eso no le impidió destacar algunos aspectos difíciles de su carácter. A partir de estos tres testimonios, que van alternándose a lo largo del texto, emerge una figura de la protagonista, su fuerte personalidad, atractiva e irritante a un tiempo y marcada por una seguridad en sí misma que roza con la egolatría. Entregada a su poesía, que a Raúl no le interesa y que a Raquel no le gusta, Julia no permite que nada ni nadie interfiera en esa vocación y de ahí, las rupturas con sus sucesivas parejas, Raúl incluido.

El problema está en que los juicios y análisis sobre Julia se vuelven reiterativos. Unos y otros entregan opiniones parecidas y se centran en

aspectos similares de su forma de ser, lo que vuelve monótona la evocación. La diversidad de puntos de vista no otorga aquí variedad al relato y en ello tiene que ver también un recurso formal discutible: los tres testimonios se narran en tercera persona, no en primera, que parecería más lógico. Un mismo narrador omnisciente filtra y media en las subjetividades de Raquel, Raúl y Aleja, lo que uniformiza el tono del relato y le resta riqueza de matices. Como consecuencia de ello, se impone una perspectiva en exceso distanciada, que no acaba de encajar con el denso clima emocional que se pretende retratar.

En este juego de perspectivas, a los testimonios de Raúl, Raquel y Aleja, Julia se suma como cuarta narradora de la novela. Pero, su voz nos llega en primera persona, sin mediación alguna. En principio, su testimonio debería servir para aportar una mirada alternativa a la del resto de narradores y a sus opiniones sobre ella, a menudo negativas. Sin embargo, el retrato que surge de su propia voz parece más bien subrayar aspectos ya destacados de su personalidad. Hay aquí un juego sin resolver: no queda claro si se nos ofrece una versión parodiada del personaje o si, por el contrario, la elevada autoestima de Julia ensalza la fuerza de su carácter y sus virtudes, frente a las opiniones de los otros narradores: disyuntiva que habría sido conveniente resolver con mayor contundencia y no dejarla en esa indefinición.

Un ejemplo de los problemas que plantea esta ambigüedad son las frecuentes reflexiones de Julia sobre sus poemas y sobre la poesía en general. Palabras como las siguientes sobre su escritura, para mostrar un caso, suenan muy convencionales y esquemáticas si descartamos un sesgo desmitificador que, si existe, no acaba por mostrarse del todo:

Mi poesía era delicada y a la vez compleja, como la flor de los iris que tenía alrededor del patio empedrado de mi finca (...). La última vez que los vi, los iris estaban metidos en una espesa niebla de mediodía. Estuve a punto de llorar. Cuando subía la niebla a mi finca era como si todo flotara sobre las] nubes. O flotara *con* las nubes. Yo estudiaba las posibilidades verbales de la idea y después el poema

se iba decantando. Así era mi poesía. Yo no la apresuraba ni la obligaba y siempre tocaba de forma profunda a quienes la leían. (p. 20)

La solemnidad algo impostada en lo que dice y la autocomplacencia que revela ilustran bien lo expuesto.

Según avanzamos en la lectura, van aclarándose poco a poco los misterios que rodean la trama: la causa de la desaparición de Julia y el lugar desde el que nos llegan sus palabras. Aquí entramos en otro registro narrativo, uno diferente y muy alejado de las derivas sentimentales en las que nos habían instalado los relatos de Raúl, Raquel y Aleja. La voz de Julia hace irrumpir lo sobrenatural para darnos pistas sobre el enigma que los otros personajes, en su desconocimiento, no podían develar. El desvelamiento definitivo nos llega en dos breves intervenciones finales suyas, redundantes por hacer explícito lo que a esas alturas era ya perfectamente deducible.

Ese salto a lo fantástico tensa las reglas de lo verosímil —que en ningún momento de la novela se problematizan— y el autor lo aprovecha de manera laxa y poco exigente a la hora de resolver los desafíos exigidos por el propio argumento. La mezcla de géneros —sentimental, policial, fantástico— no siempre discurre armónicamente. Quizá, esa falta de encaje entre sus piezas y registros sea el mayor problema de una novela con planteamientos y objetivos ambiciosos a pesar de su brevedad, que no acaban de desenvolverse en un conjunto narrativo compacto.

Eduardo Becerra Gande